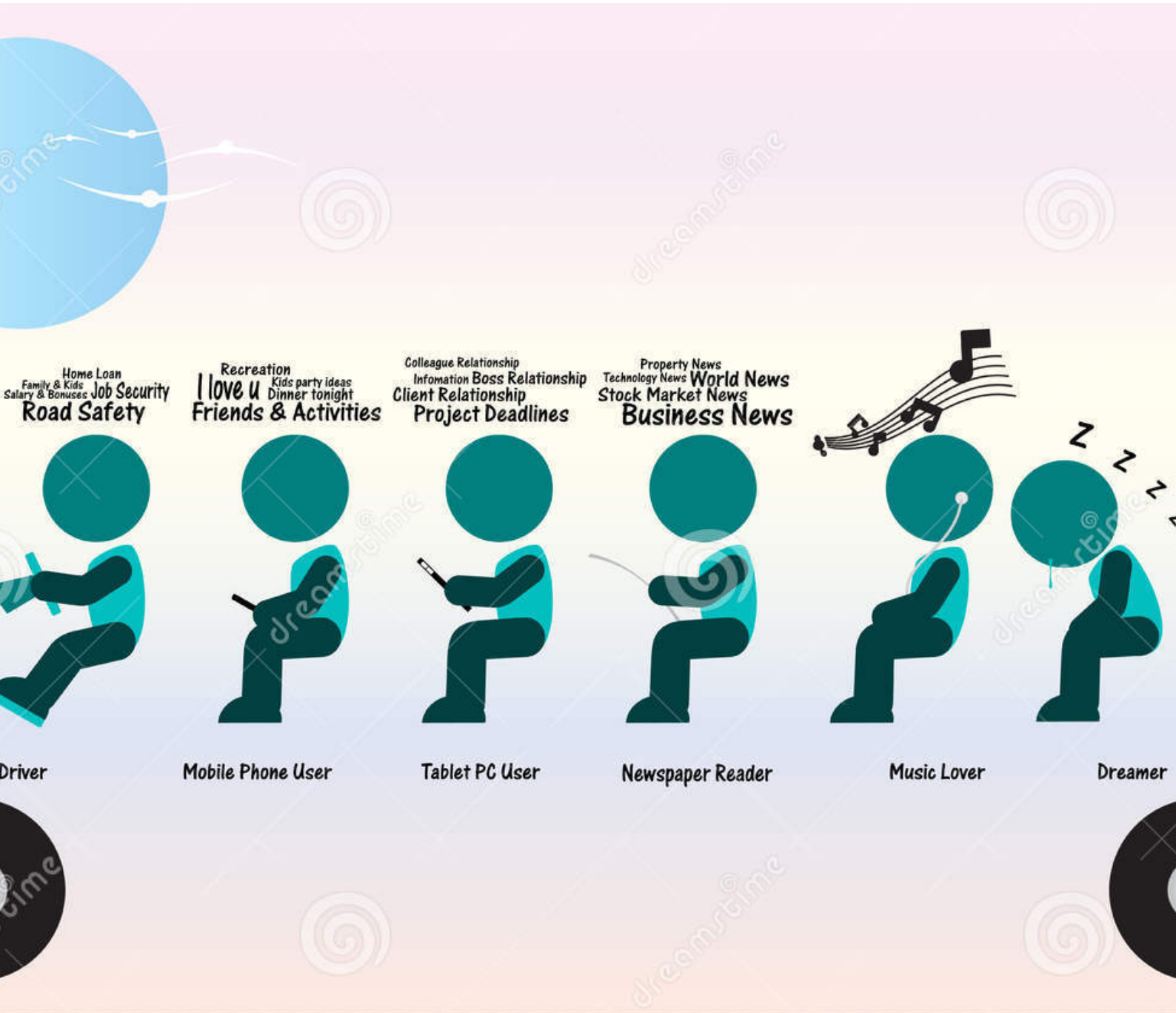


INSTRUCCIONES PARA VIAJAR EN ÓMNIBUS

Jorge Torres



Capítulo 1

– Todo viajero, que se traslade en ómnibus, debería llevar obligatoriamente por norma ética y saludable, al menos, un acompañante... Toda persona en transito entre dos ciudades ubicadas a cierta distancia entre sí ;el mero concepto de “cierta distancia” es totalmente aleatorio y depende de la percepción básica de distancia que posea el viajero, ya que como bien quedo expuesto en la ley de la relatividad, la mayoría de las cosas, situaciones, negocios, matrimonios y demás eventos metafísicos tratan de cumplir dicha ley en forma totalmente relativa. Cuatro minutos, como bien sabemos, no es tiempo suficiente para fumarse tranquilamente un cigarrillo, pero el mismo lapso es un espacio temporal más que generoso para ahogarse en una pileta de natación o morir de un paro cardíaco, según el gusto. Con la distancia ocurre lo mismo, según se la viva, es por ello que recomiendo, por no decir exijo, que se deba llevar obligatoriamente, al menos, un acompañante. Dicho acompañante cumplirá una función sumamente importante ya que será, llegado el momento, testigo de la tragedia próxima a ocurrir, o en el peor de los casos se convertirá en parte de la catástrofe. Si la tragedia no ocurriera se limitara a arrojar los boletos con bronca, al piso, pues ha viajado al reverendo pedo en un derroche innecesario de tiempo, espacio y dinero imperdonables; totalmente reprochables por el propio viajero, que enfadado le espetará en el rostro, del desmoralizado acompañante, la frase más hiriente para estos casos; que la podríamos resumir en un ¿Para que viniste? Como si las heridas pudieran cicatrizar mejor envueltas entre signos de interrogación.

Una vez concientizados todos de este necesario artículo, nos cabe reformar definitivamente la red vial en toda su extensión. Ya que los ómnibus tendrán que trasladar el doble de pasajeros (viajeros y acompañantes, al mismo tiempo), se tendría que pensar en incrementar al menos al doble su ancho, ya que no serviría de nada que se destinara otro ómnibus para que los acompañantes sigan a los pasajeros a determinada distancia, ya que infundiría inseguridad en los viajeros e impotencia en los acompañantes. Se desprende por tal motivo que toda la red vial mundial debería incrementar al doble, al menos, el ancho de su calzada para evitar colisiones por de más predecibles e indeseables.

El elevado presupuesto para realizar esta faraónica obra, se vera ampliamente resarcido, primeramente por la tranquilidad que tanto viajantes como acompañantes se trasmitan, mediante un complejo idioma gestual representado entre otras cosas por gestos ampulosos, risas forzadas, manos crispadas, carrasperas inquietantes (para quien las padece y público en general), incontinencias de todo tipo (urinaria, gaseosa, fecal, por enumerar las más prontas e irritativas) y sudoraciones

varias, entre otros síntomas, para placer de todo el pasaje que padecerá el viaje a su exclusivo antojo.

Tengamos en cuenta que al haber menos gente en las dársenas de las terminales esperando la llegada de los ómnibus, pues ya descontamos de las mismas la presencia de los acompañantes, puesto que están en tránsito junto a los legítimos viajeros, estas se podrían reducir de tamaño a su mitad, ahorrando materiales y mano de obra, destinando una parte de este ahorro a la construcción en cada terminal de una clínica de salvamento tanto para viajeros y o acompañantes que arribasen en malas condiciones psiquiátricas, del mentado viaje. Nos ahorraríamos también una mitad de lágrimas de despedidas entre los viajeros y quienes los despiden en las dársenas, como así también eliminaríamos la función del recogedor de lágrimas que tan penosamente recorre las dársenas de las terminales de autobuses, con su lampazo, tratando de borrar tantas gotas, testimonios inescrutables de tantos innecesarios, pero inevitables dolores.